

más perfecto: ¿dónde está pues, su libertad? Dios ha escogido el mundo más perfecto, dicen nuestros nuevos filósofos. Olvidan las palabras del Hijo de Dios, que nos promete una nueva tierra y nuevos cielos. Solamente al final de este mundo creará Dios un mundo perfecto para los elegidos. ¿Quién, pues, si es cristiano, se atreverá á decir que la tierra que habitamos es la más perfecta que ha podido salir de las manos del Creador? ¿Desconocen nuestros filósofos el pecado original? ¿no saben que este mundo está en poder de los malos espíritus, que la razon humana se ha debilitado, alterado por la falta del primer hombre? ¿que hasta la materia se halla viciada, y el mal extendido por todas partes? ¡y este mundo ha de ser el más perfecto de los mundos! Los que lo dicen podrán ser filósofos, pero seguramente no son cristianos. En efecto, aún admitiendo los dogmas del cristianismo, los desnaturalizan y, en realidad, los destruyen. Reconocen la existencia del mal, pero falta poco para que hasta la misma palabra se convierta en un bien, porque dicen que si hubiese ménos mal en el mundo dejaría de ser perfecto. ¡El mal una condicion de perfeccion! ¿Es esto lo que nos enseñan San Pablo y San Agustin? Segun nuestros nuevos filósofos, el mal es necesario, fatal; es una consecuencia de nuestra imperfeccion, una limitacion inherente á todo sér creado. Olvidan una vez más su Biblia, la cual nos enseña que el mal ha venido á este mundo como consecuencia de una falta, que el mal es una pena. Nuestros filósofos hablan tambien de pena, pero es de labios afuera. ¿Puede hablarse de castigo cuando el hombre no es libre? ¿y es libre el hombre, si es cierto, como enseñan Leibnitz y su discípulo, que se halla determinado en todas sus acciones por causas que no dependen de él? Hé aquí una libertad á la manera de Espinosa. ¡Por tanto, ni libertad en Dios, ni libertad en el hombre! ¡Tales son las bases sobre que se elevan la moral y la religion! » (1).

Hé aquí el acta de acusacion dirigida por los protestantes. ¡Qué sería si los jueces fueran católicos sinceros! Los ortodoxos modernos que reivindicán á Leibnitz en pro de su causa, tienen que

(1) La censura de la facultad se halla en extracto en SCHMIDT, *Geschichte des geistigen Lebens in Deutschland*, t. I, p. 414-416.

cerrar los ojos á la luz, tienen que contentarse con palabras, fórmulas de urbanidad, señales de benevolencia y transacciones consentidas por el muy condescendiente pensador. Para el que quiere dejar á un lado las *libres interpretaciones* de Leibnitz y sus *esfuerzos* por conciliar el dogma con la razon, no queda ni sombra de duda acerca de sus verdaderas ideas. Es cristiano por el lenguaje y libre pensador en el fondo. Es decir, que á pesar de todos sus *esfuerzos*, no consiguió conciliar el cristianismo y la filosofía. ¿Quién se atreverá á vanagloriarse de salir bien allí donde Leibnitz ha fracasado?

§ V.—Bayle.

I.

Descartes, Mallebranche, Leibnitz pretenden que la fe y la razon son idénticas: pero cuando los dos últimos de estos ilustres filósofos trataron de demostrar la conformidad del cristianismo y de la filosofía, incurrieron en herejías y fueron rechazados por los teólogos ortodoxos. Hé aquí un pensador que se llama tambien cristiano, pero que abraza resueltamente una opinion sobre la incompatibilidad de la revelacion milagrosa y de la razon humana. Bayle pone la filosofía frente á frente del Evangelio. ¿Qué piensa Jesucristo de nuestra sabiduría? ¿se ha tomado Jesucristo el trabajo de armonizar su predicacion con la ciencia tan decantada de los Griegos? «Su destino ha sido más bien, dice Bayle, confundir toda filosofía y hacer ver su vanidad. Ha querido que su religion chocase no solamente con la religion de los paganos, sino tambien con los aforismos de su sabiduría. Ha querido que sus discípulos y los sabios de este mundo fuesen tan diametralmente opuestos que recíprocamente se tratasen de locos; ha querido que así como su Evangelio parecia una locura á los filósofos, la ciencia de éstos pareciese á su vez una locura á los cristianos » (1).

(1) BAYLE, *Noticias sobre los Pyrronianos* (Diccionario, t. IV, p. 642).

es preciso obligarle á rendir las armas y á aceptar voluntariamente las cadenas de la fe» (1).

La servidumbre voluntaria será siempre una rara excepcion; se la encuentra allí donde la razon se halla todavía en la infancia; pero en cuanto tiene conciencia de sí misma, tiene tambien conciencia de su libertad; sintiéndose libre por la voluntad de Dios, ¿cómo ha de aceptar las cadenas que la fe le quiere imponer? Para un Pascal que consiente en embrutecerse castigando su cuerpo y su inteligencia, hallaréis cien Voltaires que se reirán de vuestra proposicion. Los ortodoxos han conocido el peligro, y para contener á esa indócil y exigente razon en el seno de la Iglesia, han tratado de hacerle creer que los dogmas revelados són, es verdad, incomprensibles, pero que esto no prueba que sean contrarios á la razon, sino que únicamente los misterios están sobre la razon. ¿Qué dice Bayle de la famosa distincion de Leibnitz? Aun permaneciendo en el terreno del cristianismo le es fácil demostrar su inutilidad. «Si algunas doctrinas, dice, están por encima de la razon, están fuera de su alcance. Si están fuera de su alcance no puede llegar á ellas. Si no puede llegar á ellas, no puede encontrar en ellas ninguna idea, ningun principio que sea origen de solucion, y por consiguiente las objeciones que haya hecho quedarán sin respuesta, ó lo que es igual, no se responderá más que por alguna distincion tan oscura como la tésis misma que haya sido combatida. Ahora bien, es muy cierto que una objecion que se funda en nociones muy distintas queda igualmente victoriosa, sea que no contesteis nada, sea que deis una respuesta que nadie llegue á comprender» (2).

La distincion de Leibnitz entre lo que es contrario á la razon y lo que está por encima de la razon, es una falta de sentido comun que la razon no puede concebir; porque, ¿cómo puede saber que una cosa que no comprende no es contraria á la razon? Para poder afirmarla, ¿no necesita comprenderla? Confesemos, pues, dice Bayle, que los misterios del cristianismo son de un orden so-

(1) BAYLE, *Coloquios de Máximo y de Themisto* (Obras, t. IV, p. 42).—*Respuesta á las preguntas de un provincial*, c. CLVI (Obras, t. III, p. 829).

(2) BAYLE, *Noticias sobre los ateos* (Diccionario, t. IV, p. 680).

brenatural, y por consiguiente no se puede ni debe sujetarlos á las reglas de la luz natural. ¿Quiere decir esto que se los debe rechazar? «Si no pueden sufrir la prueba de las disputas filosóficas, contesta Bayle, es por razon de su grandeza y de su sublimidad. Su carácter esencial es ser un objeto de fe y no un objeto de ciencia. Si la razon pudiese resolver todas sus dificultades, no serian misterios. En lugar de hallar extraño que alguno confiese que la filosofía puede atacarlos, pero no rechazar el ataque, debería causar escándalo que álguien dijera lo contrario.» ¿No equivale esto á decir con Tertuliano: *Creo porque es absurdo*? Bayle reemplaza el *porque* por un *aunque*; es una fe ménos robusta que la del Padre de la Iglesia, pero todavía muy fuerte. En efecto, aun suponiendo, dice Bayle, que un misterio parezca *imposible* á nuestra razon, suponiendo que sea combatido por las máximas más evidentes de los lógicos, habrá, sin embargo, que creerlo si está contenido en la Escritura. Bayle concluye diciendo: «Cuando la razon dice una cosa y la revelacion otra, debemos cerrar los oidos á la voz de la razon. La filosofía debe doblegarse ante la autoridad de Dios, y arriar la bandera á la vista de la Escritura» (1).

Bayle añade que la razon misma nos conduce á someternos de esta manera. ¿Cómo puede la razon llevarnos á creer misterios que nos presenta como imposibles? Este es el triunfo de la fe; oigamos á nuestro filósofo: «¿No está persuadida la mayor parte del mundo cristiano de la presencia real, á pesar de las objeciones insolubles que llueven sobre este dogma? ¿No ha sido preciso, en pro de esta doctrina, condenar los axiomas más evidentes de la física? ¿No se pretende que esto pone de relieve la fe y la hace más meritoria?» (2). Leibnitz y todos los filósofos que quieren conciliar la fe y la razon no lo entendian. ¡Vaya un mérito el creer que dos y dos son cuatro! ¡Pero creer que tres hacen uno, eso ya es algo! Esto tiene mérito, porque es preciso cerrar los ojos y los oidos, y exclamar: yo creo. Esto nos hace ganar el cielo. Creeréis que Bayle se rie de vosotros. Habla el lenguaje de los Padres de la Iglesia: «El mé-

(1) ID., *Diccionario*, t. IV, p. 632, y *Continuacion de los pensamientos diversos*, § 56.

(2) BAYLE, *Respuesta á las preguntas de un provincial*, c. CXXVIII (Obras, t. III, p. 762).

rito de la fe es más grande, á proporcion que la verdad revelada, de que se trata, excede de todas las fuerzas de nuestro espíritu; porque á medida que la incompatibilidad aumenta por el gran número de máximas de la luz natural que le combaten, nos es preciso sacrificar á la autoridad de Dios mayor repugnancia de la razon, y por consiguiente nos mostramos mas sumisos á Dios, y le damos mayores muestras de nuestro respeto que si la cosa fuese medianamente difícil de creer. » Es, añade Bayle, la imágen del sacrificio de Abrahan (1).

Hemos dejado la palabra á Bayle; habria tambien que oír á la razon y preguntarle lo que piensa del sacrificio á que se le invita. El tiempo de los patriarcas ha pasado; hoy nadie creería ya en una voz que manda á un padre matar á su hijo, siquiera sea la voz de Dios. No tenemos ya la fe de Abrahan; quisiéramos que lo que se nos manda creer estuviese en armonía con la razon. Es un error en que estamos; Bayle tiene razon en rechazar la razon. Una anécdota, contada por un hombre de talento, servirá de respuesta á las dificultades que esta razonadora trata de suscitar contra la doctrina cristianísima de nuestro filósofo. Es una conversacion del mariscal d'Hocquincourt con un reverendo padre; habia sido incrédulo y habia vuelto á la fe, y precisamente, como dice Bayle, haciendo callar á su razon. Oigamos lo que dice San Evremundo: «¡El diablo me lleve, dice el mariscal, si yo creía algo! Desde aquella época yo me haría crucificar por la religion. No es que yo vea ya más razon, por el contrario, ménos que nunca; pero yo no sé decirlo sino que me dejaria, sin embargo, crucificar, sin saber por qué.—Tanto mejor, monseñor, replicó el fraile con un tono devoto, tanto mejor; éstos no son movimientos humanos, esto viene de Dios. *Nada de razon*; ésta es la verdadera religion; *nada de razon*. ¡Qué gracia tan singular os ha hecho Dios, monseñor! *Estote sicut infantes!* ¡Sed como niños! Los niños conservan su inocencia, ¿y por qué? porque no tienen razon. *¡Beati pauperes spiritus!* Bienaventurados los pobres de espíritu. No pecan; la razon es porque no tienen razon. *Nada de razon, no sé qué decirlo, no se por qué!* ¡bellas palabras! ¡Deberian escribirse en letras de

(1) BAYLE, *Noticias sobre los Pyrronianos* (Diccionario, t. IV, p. 644).

oro! *No es que yo vea más razon, por el contrario, ménos que nunca.* En verdad, esto es divino para los que gustan de las cosas del cielo. *Nada de razon*: ¡qué singular gracia os ha hecho Dios, monseñor!»

¡Nótese que es Bayle quien recuerda la anécdota! En verdad, sin ser maliciosos, se podría sospechar que Bayle se rie de la fe, porque tiene demasiada razon para burlarse de la razon. Lo cierto es que se rie de alguno. Sin duda de los filósofos que se creen cristianos. Pero él, Bayle, que prueba tan bien que la fe y la razon no tienen nada de comun, ¿es un hombre de fe? Él lo dice; sostiene que jamas ha manifestado nada que ataque al calvinismo, en el que habia nacido y que profesaba (1). ¿Por qué, pues se complace incesantemente en presentar la fe en oposicion con la razon? No es por debilitar la fe, es, por el contrario, por fortificarla. ¿Cómo? Esto es lo que Bayle va á explicarnos: «La razon es un principio de destruccion y no de edificacion; no es propia más que para suscitar dudas. No creo engañarme diciendo de la revelacion natural, es decir, de las luces de la razon, lo que los teólogos dicen de la escuela mosaica. Dicen que era un pedagogo para conducirnos á Jesucristo. Otro tanto, poco más ó ménos, decimos de la razon; no es propia más que para dar á conocer al hombre sus tinieblas y su impotencia y la necesidad de otra revelacion. Es más útil de lo que se cree el humillar la razon del hombre mostrándole con qué fuerza las más locas herejías se burlan de sus luces. Esto nos enseña á no tomar la razon como regla de fe; los que lo hacen, tales como los socinianos, se lanzan en un camino extraviado, en el que se ven conducidos de grado en grado hasta negarlo todo ó hasta dudar de todo. ¿Qué es, pues, preciso hacer? Es preciso cautivar su entendimiento bajo la obediencia de la fe y no disputar jamas sobre ciertas cosas» (2).

¿Debe tomarse en serio á Bayle? Todo lector se inclina á creer con Strauss que este Pascal reformado se rie del mundo, que las concesiones que hace á la fe son cumplimientos (3), que en el fon-

(1) BAYLE, *Noticia* (Diccionario, t. IV, p. 626).

(2) BAYLE, *Diccionario*, en la palabra *Maniqueos*, nota D, y en la palabra *Paulicianos*, nota F.

(3) STRAUSS, *Die christliche Glaubenslehre*, t. I, p. 325, 332.

do es racionalista. Pero solamente Dios puede escrutar los pliegues y repliegues de la conciencia. Bayle no acepta jamás la razón como juez de la fe; por el contrario, la rechaza como un principio fatal de incredulidad. Es menester, pues, creerle, á méos de acusarle de haber representado una farsa toda su vida. Después de esto, preciso es confesar también que si Bayle ha conservado la fe, á pesar de todas las objeciones que su razón presenta contra el dogma, no la deja á los que le leen, por poco predispuestos que se hallen á dudar. Voltaire le caracteriza perfectamente diciendo: «No podía convencérselo de que fuese impío, pero hacía impíos» (1). Sus contemporáneos ya tenían dudas sobre su ortodoxia; un ministro reformado, digno de medirse con Bayle, dice de él: «No quiero penetrar en las miras secretas del autor; pero lo compadezco por el estado en que se encuentra. Si su cristianismo no se establece más que sobre las ruinas de la razón, debería coronársele con este elogio: ¡Oh, hombre, tu fe es grande! Dios lo sabe; guardémonos de juicios temerarios» (2). La posteridad ha visto el uso que han hecho los libres pensadores de los escritos de Bayle; á sus obras, dice un enemigo del siglo XVIII, es dónde han ido á buscar los filósofos todo cuanto han dicho contra la religión (3).

Dejando las intenciones á un lado, preciso es reconocer que Bayle, por más que se llame cristiano, es el precursor de Voltaire. Tiene el tono irónico que caracteriza al rey del siglo XVIII. Oigamos su respuesta al ministro reformado, que se esforzó en poner de acuerdo la razón y la fe: «Se le puede contestar que los que siguen sus ideas son dignos literalmente de aquella censura de Jesucristo: ¡Oh, gentes de poca fe y duros de corazón para creer! No quieren someterse á los oráculos del Espíritu Santo sino después que sus cortas luces han manifestado su conformidad» (4). No hubiera dicho más Voltaire. Dígase lo que se quiera de las creencias de Bayle, su obra subsiste; un incrédulo podría suscribirla. Destruye los dogmas cristianos, sin faltarles al respeto, ó al mé-

(1) VOLTAIRE, *Misceláneas*, t. XLII, p. 211, edic. Renouard.

(2) JACQUELOT, *De la armonía de la fe y la razón*, p. 222.

(3) *Memorias para la Historia eclesiástica del siglo XVIII*, por PICOT, t. I, p. 41.

(4) BAYLE, *Respuesta á las preguntas de un provincial*, c. CLXI.

nos aparentando respetarlos. Su gran placer es hacer combatir á la razón contra la fe. ¿Quién saldrá vencedor de la lucha? La fe, dice Bayle, porque la impotencia de la razón se manifiesta claramente. ¡Extraña impotencia! La razón hace objeciones contra la fe, á las cuales la fe no puede contestar, ¡y es la fe la que queda triunfante! Sí, á los ojos de aquellos que tienen la fe robusta de Tertuliano y que gustan de creer una cosa porque es absurda. ¿Pero era ésta la disposición de espíritu de aquellos á quienes se dirigía Bayle? Hemos oído á un juez autorizado, á un observador atento; Leibnitz veía derrumbarse la fe precisamente porque no podía resistir á los ataques de la razón, y un filósofo pretende reforzarla multiplicando las pruebas de la incompatibilidad de la razón y de la fe cristianas! De cien lectores, ni uno le ha creído; se han atendido á las objeciones insolubles de la razón, y han dejado los misterios para los que no tienen razón ó no quieren servirse de ella. Vamos á asistir al duelo de la razón y de la fe, tal como Bayle se complace en representarlo, y veremos quién triunfa, si el cristianismo ó la filosofía.

II.

El dogma cristiano consiste en misterios. En primer lugar hallamos el misterio de la Trinidad: es un concepto de Dios del que, claro está, la razón no comprende nada. Importa poco, dicen los ortodoxos; esto prueba que la verdad revelada está por encima de nuestra débil razón; esto no prueba que sea contraria á la razón. ¿Es también ésta la opinión de Bayle? Acumula objeciones contra la Trinidad, y desafía á la fe á que conteste. Expondrémos como muestra las dos primeras: I. «Es evidente que las cosas que no difieren de una tercera, no difieren entre sí: ésta es la base de todos nuestros razonamientos, sobre esto fundamos todos nuestros silogismos, y sin embargo, la revelación del misterio de la Trinidad nos asegura que este axioma es falso.» Falso á los ojos de la fe, sí; ¿pero qué deducirán de ahí los libres pensadores? Cuando la fe dice que dos y uno hacen uno, y la razón nos enseña que dos y uno hacen tres, ¿qué hemos de pensar de la